

Relato donde no se escucha a un náufrago

por Gabriel Zaid

Poco después de haber fundado *Hábeas*, *Fundación para los Derechos Humanos en las Américas*, Gabriel García Márquez anunció que iba a Vietnam, de donde tantos vietnamitas huían desesperadamente en barcas, y tantos se ahogaban, que se había hecho un escándalo internacional. Era de suponerse que el autor del *Relato de un náufrago* tenía un interés inmediato en ayudar a los desesperados, más que en condenar a las autoridades, con el espíritu de la fundación: "Hábeas se propone ofrecer sus buenos oficios y concebir iniciativas útiles para encontrar —sin prejuicios torpes— soluciones distintas y aceptables. Más que la denuncia de situaciones infames, *Hábeas* tratará de activar la liberación efectiva de los prisioneros. Más que poner en evidencia a los verdugos, procurará hasta donde le sea posible clarificar la suerte de los desaparecidos y allanar a los exiliados los caminos de regreso a su tierra. En síntesis —y a diferencia de otras organizaciones igualmente necesarias— *Hábeas* tendrá un mayor interés inmediato en ayudar a los oprimidos que en condenar a los opresores."

Después de su viaje, García Márquez publicó en *Proceso* (24 XII 79) un reportaje sorprendente donde criticaba a los ahogados por no tener "una conciencia política a toda prueba": donde los "aniquilados por el hambre y la intemperie", según sus propias palabras, eran denunciados, puestos en evidencia y condenados desde el título: "Refugiados: corrupción que huye del país que hizo y destruyó Estados Unidos."

Denunciados, puestos en evidencia y condenados sin escucharlos. A pesar de que el viaje fue "con el propósito único de establecer de primera mano, y aunque sólo fuera para mi conciencia, cuál era la verdad entre tantas contrapuestas", García Márquez no habló más que con una de las partes, no escuchó más verdad que la oficial. Algo

equivalente a que, en 1968, para satisfacer su conciencia sobre la matanza del 2 de octubre, no hubiera escuchado, entre tantas verdades contrapuestas, más que la verdad de Díaz Ordaz, de sus secretarios de gobernación y defensa, del jefe del Batallón Olimpia, etc. García Márquez no les pasó el micrófono más que a los mandamases. Se escucha al alcalde de Cholón. Se escucha a un magistrado del Tribunal Popular de Ho Chi Minh. Se escucha a "un alto dirigente". Se escucha al Presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Partido Comunista de Vietnam. Se escucha al Secretario de Relaciones Exteriores. Se escucha con especial admiración al Primer Ministro, Phan Van Dong, que "me recibió con mi familia en el Palacio de Gobierno a una hora en que la mayoría de los jefes de estado no han acabado de despertar: las seis de la mañana". Pero García Márquez, que hizo un viaje en toda forma ("un viaje minucioso y atento de casi un mes", acompañado por la familia y "un escritor amigo") y que se tomó el trabajo de madrugar para escuchar al Primer Ministro, no tuvo tiempo de escuchar a los desesperados. No los entrevistó, no recogió sus voces, no ofreció sus buenos oficios, no concibió iniciativas útiles, no activó su liberación, no procuró clarificar su suerte ni allanar sus caminos, no tuvo mayor interés inmediato en ayudarlos: "el drama de los refugiados, que era tan inmediato y desgarrador, se convirtió para mí en un interés secundario frente a la realidad tremenda del país".

De los fugitivos dice que "la mayoría, según las estadísticas, era niños menores de 12 años", embudidos como "sardinillas en latas", sujetos "a los malos humores del mar y aun a los tifones imprevistos" y sometidos a "un promedio de cuatro asaltos" por piratas que saqueaban, "violaban a las mujeres jóvenes y echaban por la borda a quienes

intentaban defenderse". Todo lo cual parece de "interés secundario". Lo verdaderamente grave es que Vietnam, "al cabo de tantos siglos de guerras", "había perdido una batalla grande en una guerra menos conocida, pero tan sangrienta como las anteriores: la guerra de la información". La desgracia importante de verdad no fue que los fugitivos se ahogaran, padecieran hambre, enfermedades, saqueos, violaciones, asesinatos. Fue que se supiera. Fue "no haber previsto a tiempo ni haber calculado (sic) el tamaño enorme de la campaña internacional por los refugiados".

El estado tiene sus razones que los sentimentales desconocen. Mientras "la prensa occidental clamaba por los refugiados" (...) "la preocupación mayor de los vietnamitas" (...) era "la inminencia de una nueva guerra con China. Era una obsesión nacional que había impregnado hasta los resquicios de la vida cotidiana. En el aeropuerto de Hanoi, los vuelos regulares se atrataban varias horas porque el cielo estaba ocupado por los Migs en ejercicios de combate. En los caminos vecinales, las bicicletas y los búfalos tenían que apartarse para dar paso a los tanques de guerra. En los parques dominicales, en medio de los niños y los pájaros azules y el olor abrasante de las flores del paraíso, una generación de adolescentes recibía una preparación militar de urgencia. Los agricultores del delta del Mekong dormían con las armas de toda la familia al alcance de la mano. La certidumbre de una nueva guerra con China, había penetrado de un modo tan profundo en la conciencia social que uno podía pensar que al cabo de tantos años de resistencia armada se había desarrollado en Vietnam toda una cultura de guerra. Se notaba en casi todos los aspectos de la vida diaria, y aun en las artes y el amor. En los orfanatos del sur, los niños recibían a los visitantes con saludos militares, cantaban himnos

patrióticos, y representaban obras teatrales sobre las victorias del pasado. En los museos, las obras más vistosas evocaban los temas de la guerra, y exaltaban el valor y el sacrificio. En las fiestas culturales, las hermosas doncellas que tocaban el laúd de 16 cuerdas cantaban aires plañideros en memoria de los muertos en combate. La novela y la poesía, que los vietnamitas cultivan con un cierto fervor sagrado, estaban alimentadas desde hace muchos años por la experiencia personal de la guerra. Sin

embargo, lo que me causaba más asombro en los vietnamitas, era su absoluta falta de dramatismo."

Para que este párrafo se entienda, donde dice "los vietnamitas" hay que entender: los vietnamitas importantes, no los que se están ahogando. La voz que se escucha, el punto de vista que se presenta es el oficial. Por eso el estilo es heroico, de realismo socialista, no de realismo mágico, como en otros textos de García Márquez, donde la realidad es incontrolable, porque está senti-

da desde el punto de vista de los desesperados, de los oprimidos, de los náufragos, de los que viven una pesadilla superior a sus fuerzas.

El dramatismo estaba en otra parte: no en las condiciones turísticas necesarias para llevar de viaje a la familia; no en las vistas a Palacio, donde el Primer Ministro muestra su "lucidez apacible"; no en las fiestas donde las hermosas doncellas tocan el laúd.

Afganistán, Corea y Natalia Trotsky

Las profesiones de fe democrática de los partidos comunistas son acogidas casi siempre con justificada desconfianza. Es difícil confiar en aquellos que, sucesivamente y sin contradicción, han sido creyentes en Stalin, Kruschov y Brejnev, que han adorado a Tito, Mao y Pol Pot para después maldecirlos, etcétera. ¿Cómo no ver en su repentino descubrimiento de las virtudes del pluralismo y la democracia que un nuevo viraje dictado por las circunstancias y justificado por esa alcahueta que han convertido a la santa dialéctica? Los partidos comunistas —entre ellos el de México— deben dar pruebas de que su nueva vocación democrática no es maniobra como las de antaño. Una de esas pruebas se refiere a sus relaciones con la URSS. Para que los partidos comunistas recobren la credibilidad deben, como ya lo han hecho los de Italia y España, guardar sus distancias con Moscú. ¿Para qué y por qué atar su política a la de un país como la URSS, que no sólo no es socialista sino que es una potencia imperialista y agresiva? Las recientes declaraciones del Partido Comunista de México condenando la invasión de Afganistán son un paso hacia la verdadera democracia.

Contrasta la actitud de los comunistas mexicanos con la de los trotskistas, que han apoyado y justificado la acción rusa en Afganistán. Su razonamiento repite los argumentos de Trotsky al final de la década de los 30 y especialmente su defensa del ataque de Stalin contra Finlandia. (Cf. *Defense du marxisme*, 1976, colección de artículos pu-

blicados entre 1937 y 1940.) Para Trotsky la URSS era un Estado obrero degenerado, es decir, un régimen en transición hacia el socialismo aunque gravemente enfermo (degenerado) por la infección de la burocracia stalinista. Así, representaba una fase histórica superior a la de los países capitalistas. (El razonamiento de Trotsky, diremos de paso, era de un simplismo y un amoralismo asombrosos: los crímenes del gobierno ruso, como los de los demiurgos de la mitología, cambiaban de coloración moral por el sólo hecho de ser actos de un supuesto Estado obrero.) Es



explicable que en 1940 todavía Trotsky se haya aferrado, no sin dudas, a la definición de la URSS como un Estado obrero. ¿Habría afirmado lo mismo cuarenta años después? Su viuda, Natalia Sedova, no esperó tantos años para descubrir la verdadera naturaleza del Estado soviético. En 1951, ante la guerra de Corea, un caso muchísimo menos claro que el de Afganistán, en su carta de renuncia a la IV Internacional, se atrevió a decir lo que ahora se ha vuelto un lugar común: que la URSS no sólo no es un Estado obrero en tránsito hacia el socialismo sino que es un régimen burocrático opresor de los obreros.

A continuación reproducimos la carta que en junio de 1951 envió Natalia Trotsky a los dirigentes de la IV Internacional y que fue publicada en el *Quatrième Internationale*, No. 57, Mayo-Julio 1951:

Camaradas:

Ustedes saben muy bien que yo estaba políticamente en desacuerdo con ustedes desde hace 5 o 6 años, desde el fin de la guerra e inclusive desde antes. La posición que han adoptado respecto de los importantes sucesos de los últimos tiempos me demuestra que en vez de corregir sus errores, persisten en ellos e incluso los ahondan. Dado el camino que ustedes han tomado, y el punto a que han llegado, ya no me es posible guardar silencio ni limitarme a protestas privadas. Ahora, considero mi deber expresar públicamente mis opiniones.

Me siento en la obligación de dar un paso grave y, para mí, difícil, y no puedo menos de lamentarlo sinceramente. Pero no me queda otro remedio. Luego de mucho reflexionar y titubear acerca de un problema que me ha afligido profundamente, concluyo que debo decir a ustedes que no voy ante mí otro camino que el de manifestar abiertamente que nuestros desacuerdos no me permiten seguir en sus filas.

Las razones de esta decisión más las conoce la mayoría entre ustedes. Si las repito aquí es para que las conozcan quienes las ignoran, limitándome, sin embargo, a nuestras diferencias en lo esencial y no a las divergencias con-